

del despotismo y de la servidumbre y, sin embargo, prisionero de la Bastilla dos años por sus intemperancias de lenguaje; defensor de la autoridad y adversario de los ministros; abogado de gran talento, pero excluido del colegio de abogados por sus colegas á causa de sus ataques al foro y á la magistratura. Publicó sus *Anales* desde 1777 á 1792.

Los soberanos extranjeros, Catalina II, Federico II, Gustavo III de Suecia y varios príncipes alemanes, tenían en París, entre los literatos y hombres de mundo, corresponsales que escribían para ellos y que hacían llegar á sus manos por vías secretas verdaderos periódicos manuscritos que contenían informes varios, análisis de las comedias ó de los libros del día, noticias de la corte y de la ciudad y también la crónica escandalosa con los nombres de los personajes escritos con todas sus letras. El más célebre de estos noticieros es Melchor Grimm, el amigo de todo el mundo y más particularmente de Diderot y de los Filósofos, que, en sus cartas á la zarina y á las cortes alemanas, escribió, durante veinte años, sin pasión ni prevención alguna, la historia de la vida de París. En 1774, al ser nombrado ministro de Gotha y barón del Sacro Imperio, pasó la pluma al zuriquense Meister, que fué un buen continuador.

A algunos literatos ocurrióseles dar al público las informaciones de que sólo los príncipes disfrutaban: Metra imprimió en Neuwied, á partir de 1774, una *Correspondance littéraire* (*Correspondencia literaria*) que daba noticias de política y de literatura, y Pidansat de Maurobert y Mouffle d'Angerville publicaron, desde 1774 á 1789, las *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres* (*Memorias secretas útiles para la historia de la república de las letras*).

La prensa clandestina fué más temible para el poder que la periódica. Ni el funcionario del «gabinete negro» ni el servicio de espionaje que mantenía el gobierno en Francia y en el extranjero y cuyo personal se escogía entre consejeros del parlamento, ni los rigores del Director de la librería, del Teniente de policía y de los parlamentos, lograban impedir la publicación de folletos en los que el público leía con gusto los relatos indecentes de escándalos reales ó imaginarios. El libelo era el arma ofensiva y defensiva de los poderosos y de los ambiciosos, y los ministros tenían á su servicio escritores clandestinos: Calonne matenía, según se dijo, trescientos; Vergennes tenía á sueldo algunos en el extranjero, y el duque de Orleáns, el conde de Provenza y los del partido parlamentario pagaban plumas para defender sus contiendas ó sus pretensiones. Había imprentas clandestinas en las dependencias de los castillos de los príncipes, en el Palais-Royal y en el Temple y también en los domicilios de Kornmann y del abogado Le Maitre, escribano del Consejo de Hacienda; y aun los impresores titulares del Parlamento, Simón y

Nyón, prestaban sus prensas para los mismos fines. Además llegaban del extranjero multitud de libelos mezclados fraudulentamente con mercancías. Entre los libelistas había gente de toda clase, condición y valía y hasta personas honradas; pero la mayoría eran bribones. En Londres existía una colonia de cajeros in fieles, de sacerdotes que habían abandonado los hábitos, de literatos dudosos y de libreros avezados al *chantage* que se dedicaban al libelo; y de entre esta turba sobresalen algunos individuos como Pellepore, un tuno lleno de talento y de vicios, cuyos libelos con títulos claros ó transparentes, *Les petits soupers de l'Hôtel de Bouillon* (*Las cenas íntimas del Palacio de Bouillon*), *Les amusements de Charlot et de Toinette* (*Las diversiones de Carlos y Antonieta*), *Les amours du Grand Vizir Vergennes* (*Los amores del Grand Vizir Vergennes*), tienen en perpetua alarma á la policía francesa; ó como Morande, ex dragón, estafa convertido en libelista, que habiéndose hecho célebre con un libelo dirigido contra la Du Barry, *Le gazetier cuirassé* (*El gacettillero acorazado*) (1771), consiguió que Vergennes lo tomara á sueldo y durante quince años sirvió, á su modo, al gobierno contra Linguet, Cagliostro, el duque de Orleáns y José II.

Todos los escritos, fuesen de la clase que fueren, eran leídos con avidez. Young afirma que las tiendas de los libreros Debret y Stockdale de Londres, aunque muy acreditadas, «son desiertos comparadas con las de Desenne y de muchos otros, en las que á duras penas puede llegarse de la puerta al mostrador.» Los efectos de esta abundancia de escritos y de la curiosidad con que eran acogidos fueron diversos.

D'Argensón escribía de sus Memorias, allá por el año 1760:

«Hace cincuenta años, el público no sentía ninguna curiosidad por las noticias de Estado; hoy, en cambio, todo el mundo lee su *Gazette de Paris*, incluso en provincias. Se habla á tontas y á locas de la política, pero al menos la gente se ocupa de ella. La libertad inglesa nos ha conquistado y con ello la tiranía resulta mejor vigilada y siquiera se ve obligada á disfrazar su marcha y á poner cuidado en su lenguaje.»

Así se iba realizando poco á poco la educación y los filósofos conseguían «ilustrar á la vez al canciller y al zapatero;» pero con las luces y las esperanzas mezclábanse muchas ilusiones que hacían que pareciesen fáciles de resolver en un momento problemas difíciles. Además las cuestiones y las discusiones serias no eran probablemente las que interesaban á la mayoría de los lectores. Las injurias y las calumnias añadidas á la justa crítica de los abusos necesariamente habían de fomentar en el vulgo sentimientos de desprecio y de odio cuya violencia estallará algún día.

LIBRO QUINTO

LA AGONÍA DEL ANTIGUO RÉGIMEN (1781-1789)

CAPÍTULO PRIMERO

DESDE LA DESGRACIA DE NÉCKER HASTA LA DESGRACIA DE CALONNE (1781-1787) (1)

I. Reacción después de la destitución de Nécker; Joly de Fleury y d'Ormessón en hacienda. — II. Los comienzos de Calonne y de Breteuil (1783). — III. Los expedientes financieros de Calonne. — IV. La Asamblea de los notables (1787).

I. — Reacción después de la destitución de Nécker; Joly de Fleury y d'Ormessón en hacienda

Siete años hacía que reinaba Luis XVI cuando destituyó á Nécker, en mayo de 1781, sin que hubiese adelantado un paso la obra esperada de las reformas. La desgracia de aquel ministro después de la de Turgot hacía temer que el rey hubiese renunciado á las buenas intenciones que había manifestado, y esta opinión estaba justificada por varios actos llevados á cabo en aquel entonces: el hecho de ser las asambleas provinciales tratadas como sospechosas, la subordinación de las de Berry y de la Alta Guiena á los intendentes, la supresión de la del Bourbonnais, la exigencia de los cuatro grados de nobleza en los candidatos á los grados militares, las cartas patentes excitando á que se obligase á pagar los diezmos sobre los nuevos cultivos, el mijo, los forrajes artificiales y las patatas, á los que á ello se negaran, todo esto hizo pensar que la monarquía ponía su poder al servicio de los privilegiados.

Seis meses después de la destitución de Nécker falleció Maurepás, en 21 de noviembre de 1781, y la elección de sucesor agitó y apasionó á la corte. Hablóse del cardenal de Bernis y de Choiseul y la reina habría querido que se eligiese á Brienne, el arzobispo de To-

(1) FUENTES: Todas las memorias de la época citadas en los capítulos precedentes; *Remontrances au Parlement de Paris*, pub. por Flammermont, en el t. III; Mercier, t. I (*Conférence entre un ministre d'Etat et un conseiller*); Mounier (*Recherches sur les causes de la Révolution*); Sra. de Stael, *Considerations*, ya citadas; *Papiers d'Épéménail* (proceso Calonne); *Lettres de Miromesnil au Roi* («Archives nationales.» K 163, 5 de agosto y 8 de diciembre de 1786); *Correspondance Vaudrenil; Coup d'œil sur le livre rouge*. Mirabeau, *Histoire secrète de la cour de Berlin* (1786-1787), París, 1789, 2 vol. Id., *Correspondance avec La March*, pub. por de Bacourt, París, 1851. Target (*Journal de*), París, 1891.

OBRAS DE CONSULTA: Cherest, t. I; Geoffroy, de Lomenie, *Les Mirabeau*, t. III y IV. Rocquain; Stourm, t. II; Gomel, t. II, ya citados. Say (L.), *Les interventions du trésor à la Bourse* («Annales Ec. sc. politiques.» 1886). Suzanne, *La tactique financière de Calonne*, París, 1901. Vallexaux, *Mirabeau financier* («Révolution française.» abril 1898). Vührer, *Histoire de la dette publique en France*, París, 1886, 2 vol.

losa; pero el rey declaró que no quería «amo» y no reemplazó á Maurepás, poniendo, sin embargo, al frente del Consejo de hacienda al secretario de Estado de los Negocios extranjeros Vergennes, que fué, aunque sin tener el título, el principal ministro. Como tal, Vergennes se portó medianamente, pues usó de excesiva diplomacia con las camarillas cortesanas y se esforzó por contentar á la reina y á los Polignac (2).

La sucesión de Nécker había sido conferida á Joly de Fleury, consejero de Estado y ex intendente. Como en otro tiempo se había declarado contrario á la reforma de Maupeou y como, además, tenía dos hermanos en el Parlamento de París, uno presidente de mortero y otro procurador general, creyósele en condiciones de conquistar para el gobierno los favores de la magistratura. Vergennes vacilaba en aceptar un departamento para el que se creía incompetente, pero se decidió al fin ante la promesa de que muy pronto sucedería al ministro de Gracia y Justicia, Miromesnil, y aunque sin tomar el título de contralor general y no queriendo ser más que «consejero del Consejo de Hacienda.» No carecía de talento ni de conocimientos, pero era hostil á toda novedad.

No buscaba la popularidad y para enjugar el déficit resolvió crear nuevos impuestos, en vez de acudir de continuo á los empréstitos como hacía Nécker; pero el público, acostumbrado hasta entonces á ver que el gobierno atendía á los gastos de la guerra de América sin aumentar las cargas, acusó al ministro de ineptia. Fleury, en agosto de 1781, aumentó en un diez por ciento las cuotas de consumo y en veinte por ciento los derechos sobre el tabaco, y en julio de 1782 creó una tercera vigésima (3); restableció una de las más sabias reformas de Turgot y de Nécker, las supresiones de empleos; elevó nuevamente, en octubre de 1781, el número de recaudadores generales de doce á cuarenta y ocho y el de recaudadores de los pechos de doscientos cuatro á cuatrocientos ocho, en enero de 1782; restableció los cargos de tesorero general y de interventor de la casa

(2) En aquel entonces, el ministerio estaba formado del modo siguiente: ministro de Gracia y Justicia, Hue de Miromesnil; secretario de Estado de la casa del Rey, Amelot de Chaillou; secretario de Estado de la Guerra, Segur; secretario de Estado de la Marina, Castries; secretario de Estado de los Negocios Extranjeros, Vergennes, que era al mismo tiempo director del Consejo real de Hacienda; Joly de Fleury, que había sido nombrado consejero del propio Consejo, ocupa el puesto de contralor general.

(3) La primera vigésima había sido creada en mayo de 1749 y la segunda en julio de 1756, y una y otra habían sido prorrogadas en noviembre de 1771, con un aumento de veinte por ciento de la primera. La tercera debía dejar de percibirse á fines de 1786.

de la reina; sacó de los nuevos recaudadores treinta millones de fianza, cuyos intereses pagó á un tipo muy elevado, y se hizo otorgar por el clero un donativo gratuito de diez y seis millones, bien que comprometiéndose á que fuese de dos millones y medio, en vez de un millón, la anualidad que el Estado le aseguraba para ayudarle á amortizar su deuda (1).

A pesar de todo, no tuvo más remedio que acudir, ya abierta, ya indirectamente, al empréstito. En efecto, hizo prestar setenta y dos millones por las provincias de Langüedoc, Bretaña y Borgoña y por las ciudades de París y Marsella, y se procuró ochenta millones creando rentas vitalicias en condiciones onerosas para el Tesoro. Y como aumentaba á la vez los impuestos y la deuda, muy pronto todo el mundo se puso en contra suya: los partidarios de Nécker hicieron una guerra sin cuartel; los comerciantes le acusaron de la calma de los negocios, y los libelistas atacaron al rey y á la reina y amenazaron á Luis XVI con la suerte de Carlos I.

Los parlamentos protestaron contra la tercera vigésima: el de París registró el edicto de creación de muy mala gana; los de Ruán, Burdeos y Dijón pidieron «economías» ó formularon representaciones, y el de Besanzón declaró nulo el registro que le habían obligado á efectuar y reclamó la convocación de los Estados del Franco-Condado, que no se habían reunido desde la anexión, y aun, en febrero de 1783, la de los Estados generales.

La firma de la paz con Inglaterra calmó la efervescencia, mas no consolidó la situación de Joly de Fleury. Éste había hecho crear por el rey, en febrero de 1783, un Comité de hacienda encargado de examinar y, á ser posible, de rebajar los presupuestos de los distintos ministerios, comité al que los cortesanos, temerosos de una reducción de las pensiones, denominaron «la tumba de las mercedes.» Vergennes, alarmado, se declaró en contra de Fleury, á quien el rey destituyó en 30 de marzo de 1783, al saber que era necesario tomar á préstamo todavía veintitrés millones.

En su lugar nombró el monarca á un joven intendente de hacienda protegido por Miromesnil y apoyado por Vergennes, Le Fevre d'Ormessón, hombre honradísimo pero de torpes modales, tartajoso y desconfiado de sí mismo. El rey hubo de tranquilizarle diciéndole: «Yo soy más joven que vos y ocupo un puesto más importante que el que os otorgo;» pero nadie se hacía ilusiones acerca de él, á quien se veía todos los días á la puerta del despacho de Vergennes, en espera de una audiencia de su patrono. Cuando quiso explicar sus operaciones al Consejo, lo hizo de manera tan poco inteligible que fué menester enviar á buscar á su principal dependiente para que diese algunas aclaraciones.

D'Ormessón emitió dos empréstitos con premios, en abril y en octubre de 1783, el uno de veintitrés y el otro de veinticuatro millones, al interés del cuatro por ciento, pero reembolsables con primas en algunos años, el primero á veintiocho millones quinientas noventa y ocho mil libras y el segundo á treinta y cinco millones catorce mil quinientas. Entendióse secretamente con la Caja de descuento fundada en 1776 por el banquero Panchaud, á fin de que le anticipase en varios plazos

algunos millones; y si bien devolvió las cantidades recibidas de ella, como la operación se divulgó, el público, temeroso de que el Estado se apoderara de los fondos de aquel banco privado, acudió apresuradamente á las taquillas del mismo para retirar sus depósitos ó cambiar sus billetes por metálico. En vista de ello, el rey ordenó el curso forzoso de los billetes de la Caja y prohibió al mismo tiempo la exportación de las materias de oro y plata, lo cual originó tumultos en la calle y manifestaciones especiales de las mujeres que se pusieron sombreros sin fondo, llamados «á la Caja de descuento.»

El contralor general, en medio de los apuros en que se encontraba, tuvo la audacia de atacar el Arriero general, como lo había hecho Nécker, pero lo hizo brutalmente, anulando el contrato de arrendamiento que no podía rescindirse hasta tres años después, y confiando á la administración, en 24 de octubre de 1783, la percepción de los derechos de entrada y salida y la venta de la sal y del tabaco. Los arrendatarios reclamaron el reembolso inmediato de los setenta millones de su fianza y enviaron una diputación á Vergennes y al rey para protestar contra aquel acto de mala fe. Vergennes abandonó á d'Ormessón, á quien la corte también tenía antipatía porque sólo á regañadientes cedía á las demandas de los importunos; y los «cuatro rincones» de la reina, como se llamaban á las cuatro casas que disfrutaban particularmente de los favores de María Antonieta, los Polignac, los Vaudreuil, los Guiche y los Perigord, trabajaron por derribarle y poner en su lugar á Calonne. El rey destituyó al contralor general en 10 de noviembre de 1783.

II.—Los comienzos de Calonne y de Breteuil (1783)

A causa de la desgracia de d'Ormessón y de la retirada voluntaria de Amelot, secretario de Estado de la casa del rey á quien la reina hizo nombrar embajador en Viena, Calonne y Breteuil llegaron al poder.

El barón de Breteuil, que había desempeñado un papel importante en la diplomacia del anterior reinado, especialmente en Suecia, en donde había cooperado en la revolución de 1772, y en Viena, y sido uno de los principales negociadores de la paz de Teschen (2), esperaba suplantar á Vergennes en los Negocios Extranjeros y ocupar el primer puesto en el ministerio.

Calonne, sucesor de d'Ormessón, no agradaba al rey ni á la reina y sabíase que la magistratura le detestaba porque, habiendo sido nombrado procurador general de la comisión encargada de juzgar á La Chalotais, había desempeñado en el proceso un papel equívoco (3). Además, como intendente de Metz y de Lille, habíase conquistado fama de intrigante. Pero el conde de Artois, Vaudreuil y los Polignac, por simpatía á Calonne y con la esperanza de que su nombramiento sería para ellos beneficioso, le apoyaron; los Polignac obtuvieron para él el apoyo de la reina, y otras personas intervinieron en el asunto, porque cada cambio ministerial era motivo de intrigas contrapuestas, en las que se debatían móviles mediocres y aun muy indignos.

(2) Véase págs. 235 y 242.

(3) Véase pág. 173.

nos. Los partidarios de Calonne hicieron valer el argumento de que los banqueros tenían confianza en él; y el gobierno necesitaba en gran manera de la banca.

Calonne era un hombre guapo, «dotado de ingenio, lleno de gracias y de gusto,» con modales y porte de gran señor; acogía á todo el mundo con una sonrisa, no desanimaba á ningún solicitante y le despedía, si no concediéndole lo que quería, á lo menos colmándole de promesas. Tenía una inteligencia rápida, se asimilaba pronto los asuntos más difíciles y para él más nuevos, trabajaba mucho y no miraba con prevención las nuevas teorías; pero con «estas chispas de genio,» carecía de las cualidades de hombre de Estado, es decir, de constancia, de prudencia y de previsión; era inconstante, irreflexivo y temerario; creía que los recursos de Francia eran inagotables y que, por consiguiente, un contralor general podía pedir prestado indefinidamente, con tal que inspirase confianza, y estimaba que el mejor modo de inspirarla era mostrarse aparentemente rico gastando mucho.

Calonne se esforzó en contentar á todo el mundo: en el Consejo conquistó las simpatías de sus colegas con sus adulaciones y atenciones; para tranquilizar á los parlamentarios declaróse enemigo de las violencias á lo Maupeou, prometió mantener las libertades de los territorios de Estados, y para dar una prueba de ello hizo reconocer á los Estados de Bretaña la libre elección de sus diputados en audiencia, de que Nécker había querido privarles. Cuando, siguiendo la costumbre, fué á prestar juramento en la Cámara de las Cuentas, el primer presidente de este tribunal, Nicolai, saludó en él al restaurador de la hacienda. Gracias al concepto que se tenía de sus talentos, afirmó el crédito y encontró banqueros que le hiciesen anticipos y subscritores que cubriesen sus empréstitos. Expulsó de sus oficinas á empleados prevaricadores; hizo pagar exactamente las rentas á su vencimiento; reembolsó libramientos pendientes de pago desde los tiempos de Terray; restableció el contrato de los arriendos que d'Ormessón había quebrantado y ayudó á la reorganización de la Caja de descuento que acababa de elevar su capital de quince á diez y ocho millones. La Caja reanudó el pago de sus billetes sin limitaciones y volvió á fijar, desde 10 de diciembre de 1784, el interés del descuento al máximo de 4 ½ por 100. Un decreto del Consejo, de 18 de febrero de 1787, la autorizó para emitir nuevas acciones por sesenta millones. Bien administrada, prestó al comercio «auxilios» que se estimaban en quinientos millones al año y facilitó la emisión del papel moneda (1).

La administración de Calonne fué, desde ciertos puntos de vista, menos rutinaria que la de Nécker. De Dupont de Nemours, el colaborador de Turgot, hizo un consejero de Estado y un director del comercio á quien consultó á menudo; el abate de Perigord, Talleyrand, que era muy experto en hacienda, ayudó á redactar los reglamentos de la Caja de descuento; en materia de empréstitos, tuvo por consejeros á banqueros inteligentes, como Claviere, el futuro ministro de Hacienda de

(1) Respecto de esta caja, véanse; Duclós-Dufrenoy, *Origine de la Caisse d'escompte, ses progrès, ses révolutions*. . . *Lettre à M. le comte de Mirabeau*, París, 1789, y las obras indicadas en la *Bibliographie des finances au XVIII^e siècle*, de Stourm.

la Legislativa, y el director de la Caja de descuento Panchaud; con el agente de cambio Madinier aprendió las cuestiones del cambio y de la moneda, y con el abogado Gerbier, á demostrar en bello estilo, en los preámbulos de sus edictos, los méritos de su administración. Por consejo de esas personas hábiles ó por inspiración propia, organizó una Caja de amortización de dotación intangible que en veinticinco años debía reembolsar ochocientos millones. Un teórico inglés, el Dr. Price, demostraba que el capital se reconstituye muy deprisa por la acción automática de los intereses compuestos; pero Calonne olvidaba que, para amortizar, se necesitan excedentes de ingresos y que tomar á préstamo para amortizar es simplemente reemplazar una deuda por otra nueva.

Durante su administración fué creado el Comité de agricultura y gracias á él se trabajó en los puertos del Havre, de Dieppe, de la Rochela y de Dunkerque; se activó la construcción del dique de Cherburgo, se ensancharon los muelles de Marsella, se sanaron Lyon y Burdeos, se construyeron nuevos mercados en París, se continuó la construcción de grandes carreteras y se acometió la obra de los canales de Borgoña. Quiso abolir las aduanas interiores; su Compañía de las Indias empezó bien; y algunos convenios comerciales acabaron de estimular el movimiento de los cambios (2). «La abundancia—dice un contemporáneo—reinaba en nuestros puertos y en nuestros mercados; los capitales afluían á París;» en la Bolsa reinaba mucha actividad y las grandes capitales ofrecían un aspecto floreciente. Los periodistas, á quienes Calonne tenía á sueldo, porque practicaba admirablemente el arte del reclamo, celebraban el genio del contralor general, señalaban el aumento de las rentas y anunciaban la extinción de la deuda.

También Breteuil buscaba la popularidad, y para lograrla hizo evacuar el torreón de Vincennes; suavizaba, como hemos visto, el régimen interior de la Bastilla y favorecía la formación de asociaciones de toda clase: sociedades filantrópicas, patrióticas, literarias y científicas. El teatro hacíase casi libre y la representación de *Las bodas de Figaro* demuestra hasta qué punto era tolerante el gobierno; pero el disfrute de la libertad hallábase turbado por la incertidumbre del mañana, y el encarcelamiento de Beaumarchais en San Lázaro después del éxito de su comedia, recordó á los escritores que no estaban al abrigo de detenciones arbitrarias.

El gobierno adolecía de falta de firmeza: Miromesnil había invitado á Du Paty á que redactase un plan de reforma penal, y Breteuil acogía favorablemente una Memoria de Lamoignon sobre reforma del procedimiento; pero en último término el ministro de Justicia no se atrevió á arrostrar la oposición de los parlamentos.

Otro ejemplo de la inconsistencia del gobierno lo tenemos en su conducta respecto del clero. En 1725, una declaración real había ordenado una vez más á los beneficiados que facilitaran un estado de sus bienes, á fin de impedir que el clero olvidase que debía al rey «fe, honor, declaración y empadronamiento;» pero cada cin-

(2) Véanse anteriormente: pág. 285, respecto de las obras públicas; pág. 287, respecto de la agricultura, y págs. 292 y 294, respecto del comercio.

(1) Véase pág. 259.

co años las asambleas del clero habían obtenido «edictos de prórroga,» el último de los cuales era de 1780. Calonne dió á entender que exigiría al fin el «empadronamiento,» y como pensaba que los obispos se resistirían y que convenía, hasta tanto que se reuniera la asamblea de 1785, excitar contra ellos la opinión pública, hizo atacar en la prensa las inmunidades del clero. Unas *Lettres curieuses et édifiantes* (*Cartas curiosas y edificantes*) acusaron á los obispos, á los cabildos, á los abades y á los monjes de que se apropiaban las rentas de la Iglesia y reducían á la miseria á los párrocos. Decían aquellas *Cartas* que bienes donados en otro tiempo para el alivio de enfermos, pobres y presos eran distraídos de su objeto y que al rey incumbía aplicarlos nuevamente á él. Una *Requête au Roi sur la destruction des prêtres et des moines de France* (*Instancia al Rey sobre la destrucción de los sacerdotes y de los monjes de Francia*) pidió á Luis XVI que aboliese las congregaciones y confiscase sus bienes.

Cuando se reunió la asamblea de 1785, el público esperaba ver que Calonne exigiría al clero la declaración de sus bienes; pero el contralor general se contentó con pedir un «donativo gratuito» de veinte millones. La asamblea discutió y al fin prometió pagar diez y ocho, pero impuso sus condiciones, á saber: que un decreto del Consejo suprimiría la edición de las obras de Voltaire emprendida por Beaumarchais y que el gobierno se comprometería á no insistir sobre la declaración de los bienes hasta una próxima asamblea que se reuniría al año siguiente; y el gobierno las aceptó. Publicáronse otros escritos para mantener el interés de la opinión pública, como por ejemplo una *Défense des droits du Roi contre les prétentions du Clergé de France* (*Defensa de los derechos del Rey contra las pretensiones del Clero de Francia*); pero en 1786 la nueva asamblea conquistó á su causa á todos los ministros, excepto Calonne, el cual se vió obligado á firmar un decreto del Consejo, de 2 de septiembre, en el que se decía que se redactaría un «reglamento general» para mantener los «derechos de la Corona» y que convenía que Su Majestad se inspirase «en las luces y en la experiencia» de los «magistrados de sus tribunales.»

El contralor general tomó el desquite exigiendo de la asamblea aquel aumento de las «porciones congruas» de que antes hemos hablado (1).

Estas contradicciones entre las intenciones y los actos tenían desconcertada á la opinión, la cual reprochaba particularmente á los ministros el que cediesen tan fácilmente á la Iglesia. Las variaciones del gobierno se explican por la fuerza de las resistencias; pero había llegado el momento de optar entre las medidas anodinas y las reformas profundas. Los ministros excitaban los temores de los privilegiados sin contentar á los reformadores cuya impaciencia irritaban, y la opinión pública mostrábase cada vez más enervada.

(1) Véase pág. 270.

Breteuil y Vergennes prepararon un proyecto para conceder la libertad de conciencia á los protestantes, reconocer la legitimidad de sus matrimonios y darles un estado civil, proyecto sobre el cual deliberó el Consejo; y aun se habló de tratar á los israelitas como á los protestantes; pero se temió tan grande oposición de parte del Parlamento y de la Iglesia, que los proyectos fueron abandonados. Algunos meses después los reproducirá Malesherbes (véase pág. 316).

III.— Los expedientes financieros de Calonne

En el entretanto, subsistía la ilusión de una prosperidad financiera. Las rentas del Estado aumentaban; las administraciones organizadas por Nécker producían más de cien millones; el Arriendo general, que, en virtud de las condiciones impuestas por Nécker en 1780, había dado primeramente ciento veinte y nueve millones, y después, á consecuencia de un edicto de 1781 que aumentaba sus tarifas, ciento cuarenta, consintió en pagar más aún al renovarse su contrato en 1786 si Calonne quería hacer construir un muro alrededor de París para facilitar la represión de los fraudes. Y á pesar de las protestas de los taberneros y hosteleros, de los menestrales y de los grandes señores que tenían quintas en las afueras, en 1786 quedaron terminadas las obras del muro de cerca, del que se decía:

Le mur murant Paris rend Paris murmurant (2).

El importe de las entregas del Arriendo general al Tesoro fué aumentado hasta ciento cuarenta y cuatro millones y además se estipuló que si los ingresos de aquél excedían de esta cantidad, el exceso, hasta la suma de seis millones, sería entregado al Tesoro; de manera que el Arriendo sólo podría realizar beneficios en el caso de que los ingresos pasasen de ciento cincuenta millones. Una refundición de las monedas contuvo la exportación del oro francés y evitó el peligro de una crisis del cambio, fijando la relación legal del oro á la plata en 15'47 por 1, relación que correspondía al valor de los dos metales en el comercio. Pero, en cambio, los empréstitos se habían sucedido unos á otros con rapidez alarmante.

Calonne era habilísimo en materia de empréstitos; aseguraba el éxito de sus comisiones organizando el alza de los fondos públicos y provocando la baja de los valores que les hacían la competencia; hizo que Mirabeau realizara algunas campañas en la prensa, organizó sindicatos de banqueros que garantizaran la colocación de las rentas sobre el Estado y tentó á los capitalistas por medio de nuevas combinaciones de valores con premios.

Su primer empréstito, en diciembre de 1783, fué de cien millones en rentas vitalicias, á intereses que variaban entre 8 y 9 por 100 y además con un millón quinientas mil libras en premios. Este empréstito fué cubierto en pocos días, en gran parte por subscripciones de Francia y de Holanda, y como este éxito aumentó el crédito del Estado, Calonne se aprovechó de ello para emitir otro de ciento veinticinco millones, en diciembre de 1784; en éste el interés era sólo de 5 por 100, pero como se prometían cuarenta y cuatro millones de premios, resultaba ser de 8 por 100. Banqueros y capitalistas acudieron en gran número á tomar el nuevo papel y sus subscripciones excedieron de ciento setenta y cinco millones la cifra pedida. En diciembre de 1785, Calonne tomó á préstamo otros ochenta millones, con garantía del producto de los subsidios y de las gabelas.

Hizo, además, una porción de empréstitos indirectos ó clandestinos. Desde 1784 á 1786 procuróse trescientos cincuenta y cuatro millones por mediación de las provincias del Langüedoc, de la Flandes marítima, de

(2) El muro que amuralla París hace que París murmure.

Bretaña y de la ciudad de París. Tomó á préstamo mayores cantidades de las que fijaban los edictos, y por el procedimiento que se denominaba «extensión de empréstitos» se hizo prestar ciento veinticinco millones, como continuación de emisiones anteriores, las de febrero de 1770, marzo de 1781 y enero de 1782. Creó empleos de tesoreros generales, recaudadores generales, pagadores é inspectores de rentas y de agentes de cambio, que vendió por diez millones; obligó á los arrendatarios generales á pagar un suplemento de fianza de dos millones seiscientos mil libras, y se hizo dar un millón por varios titulares de empleos á cambio de asegurarles la transmisión hereditaria de los mismos. Tomó á préstamo de la Caja de descuentos setenta millones con el pretexto de hacerle prestar una garantía de sus compromisos con el público y en recompensa el Estado reconoció á la Caja el privilegio de ser, durante treinta años, el único banco de emisión y le permitió multiplicar sus billetes. En total, Calonne consiguió en tres años hacer empréstitos por más de ochocientos millones.

La administración de Calonne había sido, sin embargo, criticada aun en pleno período de ilusión, es decir, en 1784. El arrendatario general Augéard, algunos parlamentarios y hasta cortesanos habían publicado libelos para desacreditarle; pero el ataque más serio fué el de Nécker, quien, en enero de 1785, en su *Administration des finances* (*Administración de la hacienda*), el relato más completo de todos los publicados de los ingresos y gastos del Estado, al paso que celebraba los méritos, el éxito y los grandes proyectos de su gestión financiera, acusaba indirectamente á sus sucesores de inepticia, de despilfarro, de complacencia con la corte y de indiferencia para con el interés público. En un mes se vendieron doce mil ejemplares de aquel escrito y en un año ochenta mil.

Estos ataques debilitaron la confianza de los banqueros; así es que cuando en 1786 Calonne contrató un empréstito de ochenta millones para reemplazar la tercera vigésima cuya percepción había de cesar á fines de aquel año, hubo de fijar el interés á nueve por ciento y de hipotecar á los prestamistas el producto de los subsidios y de las gabelas. El gran cargo que formuló la opinión fué la prodigalidad del ministro, aquella prodigalidad de la que éste había hecho un sistema, anticipándose á los deseos del rey, de la reina, de los príncipes y de los magnates, dando á manos llenas y multiplicando las órdenes de pago del monarca. La cifra de las pensiones subió á treinta y dos millones anuales.

El Parlamento de París vigilaba de cerca al contralor general. Cuando se hizo el empréstito de diciembre de 1784, mostróse asombrado de que los impuestos y los empréstitos anteriores no hubieran bastado á pagar los gastos de la guerra, censuró el desorden de la administración financiera y de la contabilidad y, en representaciones de 27 de diciembre de aquel año, recomendó al rey que comprobase «si cada ordenador ha observado en sus gastos y en el empleo de los mismos la regla y la economía más exactas.» Al efectuarse el tercer empréstito, en diciembre de 1785, el Parlamento formuló también representaciones, y aun representaciones iterativas, y únicamente registró «por muy expresa orden del rey,» expresando el deseo de que Su Majestad reconociese la legitimidad de los motivos que le habían

impulsado á hablar así, y añadiendo que el primer presidente quedaba encargado de recordar «en todos los tiempos y en todas las ocasiones» las verdades contenidas en aquella decisión. El rey llamó á los magistrados á Versalles, en 23 de diciembre de 1785, y les dijo que no consentiría que el parlamento abusase «de su bondad y de su confianza hasta el punto de manifestarse en todo lugar y en toda ocasión censor de su administración.» «Además—añadió,—quiero que se sepa que estoy contento de mi contralor general.» Pero tres meses después, el parlamento formuló nuevas representaciones, esta vez sin razón, contra la refundición de las monedas de oro y plata, que calificaba de impuesto disimulado.

Los parlamentos provinciales también se agitaron. El de Rennes negóse á registrar un decreto del Consejo que privaba á los vendedores de tabaco del derecho de rallar el rapé, de que hasta entonces habían disfrutado, y lo adjudicaba al Arriendo general; y habiéndosele obligado á registrar aquella disposición, formuló representaciones, que hizo llevar á Versalles, y á pesar de la orden dada por el mismo rey en 22 de junio de 1786 para que obedeciese los edictos salidos de su Consejo, prohibió á los arrendatarios que facilitasen el tabaco en polvo.

El Parlamento de Burdeos impedía desde 1781 la ejecución de varios decretos del Consejo que ordenaban la busca de las islas y de los aterramientos del Gironde, del Garona y del Dordogne que el patrimonio real decía haber sido usurpados por los ribereños, y entre los cuales hacía figurar la región que produce el vino del Medoc. El parlamento fué llamado á Versalles, en donde se presentaron noventa y seis consejeros en 29 de julio de 1786; el rey los trató muy benignamente y al fin un edicto les dió la razón. En Burdeos, como en Rennes, el gobierno cedía.

IV.— La asamblea de los notables (1787)

Calonne, en el entretanto, comprendía que era imposible hacer nuevos empréstitos y que era imposible también aumentar las cargas del contribuyente, y al fin se le impusieron las ideas de sus predecesores, Turgot y Nécker. El único modo de pagar la deuda y de suprimir el déficit era cambiar radicalmente el régimen fiscal, mediante la abolición de los privilegios; pero la experiencia había demostrado que los parlamentos se opondrían á esta reforma revolucionaria y era preciso, por consiguiente, arbitrar otro medio.

En 20 de agosto de 1786 entregó al rey una memoria titulada *Précis d'un plan d'amélioration des finances* (*Resumen de un plan para mejorar la hacienda*), en la que proponía establecer «la igualdad proporcional en el reparto del impuesto,» sin que pudiera ser derogada por ninguna exención, y la substitución de las vigésimas por una «subvención territorial,» establecida de un modo igual sobre todas las tierras, fuese cual fuere la condición del propietario, y pagada en frutos. Hablaba, además, de abolir la corvea, de disminuir el pecho, de suprimir las aduanas interiores, de permitir la libertad del comercio de los granos y de crear asambleas provinciales. De esta manera pensaba contentar á los labriegos, á los comerciantes, á los economistas y á los